

CAPÍTULO V: Diario de a bordo

Diario a bordo del Malabají. 11 de abril de 1870

El día ha amanecido como los nueve anteriores que llevamos en el Malabají. Vinieron a por nosotros recién salido el sol para llevarnos a cubierta. Cada día, si el tiempo lo permite, nos suben para lavarnos con agua de mar, a calderadas. Al marcharnos uno de los marineros la ha emprendido a golpes con un hombre porque no obedecía las órdenes de levantarse de su litera para salir. No tardó mucho en darse cuenta de que era inútil, tendrían que sacarlo entre dos marineros y notificar la baja al doctor y al capitán. No debía tener más de veinte años y parecía fuerte. El doctor me ha comentado que es una muerte inexplicable, que parecía un joven sano y que el día anterior estaba perfectamente.

Hoy he sentido que el agua del mar estaba especialmente fría, he tiritado como un cachorro recién venido al mundo, mis dientes casi se rompen del castaño. Pensé que me había contagiado de algún mal en la bodega, he estado a punto de desvanecerme en cubierta, pero conseguí mantenerme en pie y evitar el látigo. Creo que todos hemos notado que el agua estaba helada, será porque la mañana ha sido la más fresca desde que estamos aquí. Mientras esperábamos a que la cuadrilla limpiara la bodega y vaciaran los cubos de excrementos me he dado cuenta de que mi sensación de pérdida del equilibrio era por causa del estado del mar. He sentido un miedo espantoso a caer por la borda, y a punto he estado en un par de ocasiones, ninguna fiera de la sabana es comparable a la furia de este inmenso monstruo.

Nunca antes de ser capturado había visto el mar. Tampoco me había lavado, en mi pueblo el agua es solo para beber. Es curioso, jamás mi cuerpo había oído tan mal. Una ola casi me arrastra, como una lengua gigante me lamió desde la cintura a los pies y me ha faltado poco para ser tragado por el océano, más negro y bravío que nunca desde que zarpamos. Podrían haberse ahorrado la molestia de lavarnos a cubos. Nunca pensé que agradecería tanto volver a mis dos metros cuadrados de la bodega, en los que ni siquiera puedo ponerme en pie, pero mucho más calientes y seguros. Me ha costado entrar en calor, no hay mantas para todos y necesitábamos coger temperatura. No hemos tardado mucho en recuperarla; somos tantos y estamos tan apiñados...

Después nos han traído la comida, un plato de legumbres y agua dulce. Hoy la ración era muy escasa y estaba fría, he cedido la mía a un joven al que le han arrebatado su plato, seguro de que el doctor podría conseguirme algo de la cocina.

Tengo suerte; será por causa de mi nombre. Todavía no debo parecer un hombre y gozo de la libertad de las mujeres y los niños, no estoy encadenado a otros hombres ni a los maderos de la bodega. Tampoco he dado muestras de rebeldía y no hay motivos para que desconfíen de mí. Además, el doctor no lo permitiría, me requiere a su lado durante sus visitas para comunicarse con los enfermos y necesito movilidad para seguirlo e ir traduciendo y anotar sus indicaciones. Los hombres, que están todo el tiempo encadenados, tienen llagas infectadas en tobillos y muñecas. El médico dedica casi todo el tiempo a limpiar heridas, las desinfecta con alcohol, yo pensaba que solo servía para beber y embriagar. Aquí poco más puede hacer. Hay un chico nama con un tobillo muy hinchado, apenas puede caminar y tiene mucha fiebre, si no

mejora... El doctor dice que habría que amputar la pierna desde la rodilla, pero no se lo permiten, nadie compraría un esclavo lisiado.

Nuestro sanador ha llegado poco después de que la cuadrilla nos diera de comer y se asegurara de que estábamos tranquilos y bien atados. Me ha traído un trozo de pan y algo de pescado seco y salado que he escondido disimuladamente en un rincón de mi habitáculo, junto a mi material de escritura. Debería haberme traído también un poco de agua, tengo mucha sed y ya he terminado con mi ración. Todos respetan mi escondite, piensan que en él guardo los apuntes que me ordena el médico, el único hombre al que consideran de la tripulación. Hoy parece que se encuentra mal, los doctores también enferman, me ha dicho que el vaivén de esta bañera acabará con él, que hacía un día de perros y que necesitaba tumbarse o nos dejaría el desayuno en la bodega. A pesar de todo, nos ha dedicado todo el tiempo necesario. Lo he ayudado a curar heridas y he apuntado todo lo que me iba diciendo en su diario médico. Se fía de mí, tengo muy buena letra, a pesar de que el movimiento del barco me lo pone a veces muy difícil.

San y yo... San tiene nombre, pero todo el mundo lo llama como el doctor, San, porque es incapaz de nombrarlo como verdaderamente se llama. Así que es y será siempre mi amigo San. También a él, por orden del doctor, lo han liberado de los grilletes. Como decía, San y yo acompañamos todo el tiempo al médico durante sus visitas a la bodega, dice que somos una ayuda muy valiosa para él, que hay enfermedades que no podría diagnosticar —esta última palabra me la ha tenido que explicar y deletrear el doctor— sin nuestra colaboración.

Me he dado cuenta de que tengo gran facilidad para aprender idiomas, si sigo traduciendo lo que me dice el doctor a la lengua san y escuchando después cómo se dice en bantú pronto el doctor no necesitará a San; pero me cuidaré de que no se dé cuenta, ayudar al médico es un privilegio en esta travesía, al menos es seguro que los grilletes no te harán llagas.

Hoy ha habido una baja, pero hay dos hombres con fiebre muy alta y una mujer con hemorragias, no sabemos si sobrevivirán a la noche.

Esta tarde no subiremos a cubierta, resulta imposible mantenerse en pie en el barco. En la bodega hay una calma extraña entre los ocupantes, todo el mundo teme por su vida.

Lo dejo por hoy, estoy mareado y cada vez me cuesta más mantener firme la pluma sobre el papel.

Diario a bordo del Malabájí. 12 de abril de 1870

No me encuentro bien, estoy más mareado que ayer, el mar no nos ha dado tregua en dos días. Tengo algo de fiebre y unas náuseas espantosas y persistentes, igual que todos los pasajeros de la bodega; aunque la mayoría ha dejado de vomitar, no nos queda ni bilis en el estómago. El hedor aquí es insoportable, el continuo movimiento nos hace retozar sobre nuestros vómitos... Hay dos niños que no paran de llorar desde hace horas.

Uno de los hombres enfermos ha muerto esta mañana, pero aún no se lo han llevado y está suponiendo un calvario para los compañeros unidos a su cadena. Hoy solo ha habido esta baja, o eso creo.

Me encuentro muy mal, mañana intentaré extenderme un poco más.

Diario a bordo del Malabají. 13 de abril de 1870

Durante la noche ha amainado la fuerte tempestad de estos días. Me encuentro bastante mejor, a pesar de que me ha sido difícil conciliar el sueño esta noche. La chica que sufría fuertes hemorragias no ha parado de quejarse y el resto de mujeres han estado atendiéndola. Una de ellas es sanadora y ha pasado horas cantando sus rezos a los espíritus. Al amanecer cesaron las quejas y los cantos, ya no sufre, la arrojaron al mar antes de lavarnos. Cuando el doctor ha llegado para su visita se ha enfadado mucho con uno de los hombres de la cuadrilla que la tiró por la borda. Dice que debieron haberle avisado y, en cualquier caso, que no están autorizados para deshacerse de ningún cadáver hasta que él firme la defunción. Esto ha provocado una gran carcajada en el marinero, según decía, la muerte de un negro no es una defunción —no estoy muy seguro del significado de «defunción»—. «¡Por más que os empeñéis en tratarlos como animales, son seres humanos! ¿Me oyes?» Le ha gritado varias veces el médico. Después ha sido todavía peor. Mientras hacía la revisión de rutina se ha dado cuenta de que otra de las mujeres, que parecía dormida, en realidad estaba muerta junto a su hijo de tres años. Cuando vio cómo arrojaban al mar a su hermana quiso tirarse tras ella, pero la redujeron entre dos marineros y la obligaron a lavarse junto a su pequeño. Según el doctor, el niño pudo morir a manos de su madre, pero ella necesitó ayuda.

El médico se sentó al lado de la mujer muerta y, con el pequeño en las rodillas, me habló para que lo tradujera a San en bosquimano y este lo contara al resto de los ocupantes en bantú:

—¿Quién ha colaborado en esta barbarie? —Todos callaban, no estaban acostumbrados a la cólera del doctor— ¡Contestad! ¡¿Qué os pasa?! ¿No tenéis suficiente castigo en este barco que os dedicáis a quitaros la vida unos a otros? —estaba fuera de sí.

—No hemos sido nosotros —habló al fin uno de los hombres—. Los habéis matado vosotros, tú y tus amigos blancos. Ya no podía soportar el llanto de su hijo hambriento, desde que entró en el barco no tenía leche para darle... Cuando vio a su hermana caer al mar quiso irse con ella, pero también la privaron de la libertad de quitarse la vida. No resistía más el sufrimiento de su hijo, necesitaba ayuda para acabar con tanto dolor.

En aquel momento supe con toda seguridad que en su interior el doctor envidiaba a la mujer que yacía muerta a su lado. De no ser porque sabía que él era el único que podía paliar nuestro sufrimiento, también se hubiese tirado por la borda ese día.

Dejó el niño en los brazos de su madre, con sumo cuidado, como si estuviese dormido, escondió el rostro tras sus manos y lloró largo rato, mientras todos lo observábamos en silencio y comprendíamos que no, él no era como los otros blancos, él no había matado a esa madre y a su hijo. Lo que no podíamos entender era por qué estaba allí. ¿Por qué un hombre tan sabio y humano se había embarcado en tan cruenta aventura? Así estuvo hasta que una niña de unos cuatro años se agarró de su cuello intentando trepar por su espalda. A pesar de muchos de los presentes, la vida se abría paso, incluso en aquel agujero. «Tienes que vivir, ¿me entiendes? Tienes que vivir, necesito creer que mi paso por vuestras vidas tiene algún sentido. Lo necesito», le dijo emocionado a la chiquilla cogiéndola por los brazos. La niña le sonrió.

La escena nos conmovió, hay mensajes universales, para los que no necesitas conocer el idioma en el que se lanzan. Si alguno tenía algo en contra del médico, ya era pasado. «Bahati, ¿estás escribiendo todo esto?», me preguntó antes de marcharse. «Todo, doctor Robles, pero necesitareé papel muy pronto», le contesté. «Sí que estás escribiendo, sí», me respondió con una amarga sonrisa y la mirada húmeda.

Esta tarde ha vuelto y, antes de marcharse, se ha acercado a una chica en avanzado estado de embarazo y los dos se han mirado tiernamente durante unos segundos, como si se hablasen con los ojos.

A pesar de las constantes bajas el espacio del que disponemos cada ocupante de la bodega sigue siendo asfixiante, unos centímetros más que el volumen de nuestro cuerpo, pero ahora queda un pequeño pasillo libre por el que corretean los niños, milagrosa y sorprendentemente, sanos.

Han cerrado las escotillas y la noche envuelve ya el buque, no puedo seguir escribiendo.

Hoy ha habido tres bajas.